

# Travesías

POLÍTICA, CULTURA Y SOCIEDAD EN IBEROAMÉRICA

AÑO I - Nº 1 - JULIO - DICIEMBRE 1996



UNIVERSIDAD INTERNACIONAL DE ANDALUCÍA  
SEDE IBEROAMERICANA. LA RABIDA.



## REVISTA

*TRAVESIAS. Política. Cultura y Sociedad en Iberoamérica.*

### DIRECTOR:

Joaquín Herrera Flores (Universidad de Sevilla. España).

### SECRETARIO DE REDACCIÓN:

David Sánchez Rubio (Universidad de Sevilla. España).

### CONSEJO EDITORIAL:

Horacio Cerutti-Guldberg (Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos, UNAM, México); Carlos M. Cárcova (Universidad de Buenos Aires. Argentina); Jacinto Nelson de Miranda Coutinho (Instituto Brasileño de Estudios Jurídicos. Universidad Federal del Paraná. Brasil); Modesto Saavedra (Universidad de Granada. España); Víctor Moncayo (Facultad de Derecho. Universidad Nacional. Colombia); Benny Pollack (School of Politics and Communication. University of Liverpool. Reino Unido); Alberto Filippi (Univertita degli Studi di Camerino. Roma. Italia); Jose Eduardo Faria (Universidad de São Paulo. Brasil); y Juan Marchena (Universidad Internacional de Andalucía. Sede Iberoamericana Santa María de La Rábida. Huelva. España).

### CONSEJO ASESOR:

ARGENTINA: Enrique Mari, Arturo Andrés Roig, Alicia Ruiz, Jorge Douglas, Diego Duquelsky y Juan Pegoraro. BOLIVIA: Julieta Montaña. BRASIL: Theotonio Dos Santos, Amilton Bueno de Carvalho, Edmundo Lima de Arruda Jr., Antonio Carlos Wolkmer, Clemerson Merlin Cleve y Miguel Pressburguer. COLOMBIA: Héctor Moncayo y Germán Palacio. COSTA RICA: Franz Hinkelammert y Eduardo Saxe Fernández. CUBA: Pablo Guadarrama. CHILE: Manuel Jacques y Rodrigo Calderón. EL SALVADOR: Antonio González y Benjamín Cuéllar. ESPAÑA: Antonio Enrique Pérez Luño, Juan Ramón Capella, Ramón Soriano Díaz, Javier de Lucas, Antonio Hermosa Andújar, Juan Antonio Senent de Frutos, Vicente Theotonio, Eloísa Díaz Muñoz, Jesús Muñoz de Priego, Félix Salvador, Sebastián de la Obra y José María Seco. ESTADOS UNIDOS: Ofelia Schutte y Helen I. Safa. FRANCIA: Juan Carlos Garavaglia. MEXICO: Oscar Correas, Jesús Antonio de la Torre Rangel, Jorge Witker, José Emilio Rolando Cifuentes y Mario Magallón Anaya. PERU: Ernesto de la Jara. PORTUGAL: Boaventura de Sousa Santos. REINO UNIDO: Lewis Taylor. VENEZUELA: Héctor Silva Michelena y Heinz R. Sonntag.

Edita: UNIVERSIDAD INTERNACIONAL DE ANDALUCÍA,  
SEDE IBEROAMERICANA SANTA MARÍA DE LA RÁBIDA

Maquetación e impresión: TECNOGRAPHIC, S.L.

I.S.S.N.: 1136-8780

Depósito Legal: SE-1.692/96

# PRODUCCIÓN ALTERNATIVA Y DEMOCRACIA EN AMÉRICA LATINA

*Manuel de Jesús del Corral C.\**

Hoy, cuando la economía de mercado se ha impuesto como una bola de cristal a la humanidad, ésta parece vivir en una suerte de macrolocura. El neoliberalismo se presenta a sí mismo, en efecto, como el único modelo de desarrollo por sus éxitos en las tasas de crecimiento, y sus defensores hablan por ello del “fin de la historia” frente al cual no hay alternativa posible. Los ideólogos de esta postura han tenido éxito en sus propósitos y han logrado atraer a muchos que antes militaban, con convicciones firmes, en lo que en la geografía política se denominaba izquierda. Para éstos no tiene ya sentido la crítica al presente y ahora apuntan sus críticas, sin ningún miramiento, sólo hacia el pasado. Otros permanecen firmes en la convicción de que “una alternativa sólo es factible si uno la busca”<sup>1</sup>.

## 1. Lo alternativo como relación de oposición

En un intento por precisar lo que se quiere entender en este trabajo con el concepto de *alternativo*, y por delinear los ámbitos de acción a los que se extiende, lo primero que aparece en él es su referencia a una *relación de oposición entre dos*. En el nivel del discurso, lo alternativo “remite en forma general a otra propuesta que debe ser contradicha, sustituida, no sólo negativamente, sino por *superación*”<sup>2</sup>. Esta oposición se da a nivel discursivo, pero está referida también a la realidad social. J. M. Barbero señala atinadamente que lo alternativo se opone al discurso que la niega y que entre ambos se da una lucha desigual en la que se expresa el conflicto de las clases, pero que apunta más allá: al conflicto entre la economía de la abstracción mercantil y la del intercambio simbólico<sup>3</sup>. Los planteamientos alternativos no son, entonces, ni meros juegos mentales ni expresiones carentes de trascendencia y valor humanos. Ellos se sitúan, por el contrario en el ámbito de lo real y de sus potencialidades, y se insertan en los procesos históricos y sociales.

En el caso particular de América Latina, lo alternativo se ha pensado siempre en función de las *mayorías excluidas*, sobre todo en razón de la clase social, por el modelo social vigente. Pero actualmente estamos en mejor posibilidad de entender que lo alternativo ha

---

\* CCH-UNAM, México. D.F.

<sup>1</sup> Franz J. Hinkelammert, “¿Capitalismo sin alternativas? Sobre la sociedad que sostiene que no hay alternativa para ella”, en *Pasos*, No. 37, 2ª época, Sept. Oct., San José, 1991, p.11.

<sup>2</sup> J.M. Aguirre, “Apuntes sobre comunicación alternativa”, en *Comunicación alternativa y cambio social* (I América Latina), Unam, México, 1981, p. 23.

<sup>3</sup> J. Martín Barbero, *Procesos de comunicación y matrices de cultura: itinerario para salir de la razón dualista*, Felafacs-GG, México, s/a, p. 95.

de extenderse también a aquellas *minorías* cuyos derechos no son reconocidos cabalmente en ese modelo social vigente, a partir de un discurso y de una propuesta *diferentes* que tome en cuenta no sólo la clase social, sino también el género, la religión, la etnia, la nacionalidad, etc.

Por historia y por cultura, lo *alternativo* en América Latina tiene una connotación social propia y se refiere, como bien lo señala Juan Vidal Beneyto al identificar lo alternativo con lo popular<sup>4</sup>, a todo aquel conjunto de aspiraciones, anhelos y expectativas plasmados en proyectos que, o han sido generados *por o en* las distintas organizaciones sociales de base, esto es, por o en el *pueblo*, para suplantar al modelo social que los excluye, o que se han generado fuera de esos ámbitos, pero que han recogido los anhelos, expectativas y aspiraciones de las amplias mayorías quienes, para llevar al cabo su lucha contra el modelo social que les es adverso, asumen como suyo ese planteamiento.

El carácter alternativo de una idea, de una propuesta o de un proyecto social implica, además, una toma de posición frente al *poder*. Para Máximo Simpson “en sentido estricto, la única alternativa auténtica sería la que derivase de un cambio radical, concebible no como una sustitución de poderes, sino como la abolición del poder mismo”<sup>5</sup>. Uno se sentiría tentado a dejar intocada esta propuesta de destruir todo vestigio de poder. Sin embargo, dado que tarde o temprano aparecerían en la sociedad las diferentes formas de poder y su ejercicio, tal vez sea más apropiado afirmar que en esa situación la única alternativa que se ofrece frente al poder establecido es aquella que demanda la *democratización* del mismo.

Expresión concreta de lo alternativo en América Latina, son la *resistencia* y la *utopía* de aquellos individuos, clases, sectores y grupos sociales empeñados en cambiar, a partir de una *concepción alternativa del poder*, la situación de injusticia en que viven las mayorías, para crear mejores condiciones de vida *para todos*. En el caso que nos ocupa, la resistencia se manifiesta en *acciones políticas*, de diversa índole y alcance, con las que los diferentes grupos, sectores y clases sociales despojados de poder, buscan su *emancipación* como reclamo a sus propios y legítimos derechos. Resisten porque en el modelo social de dominación se reconocen a sí mismos como negados, relegados, olvidados y excluidos de los beneficios sociales. Chiapas es el más reciente ejemplo de ello.

Por otra parte, la resistencia como forma de lucha de los excluidos y negados por el discurso y el modelo social de dominación, mira hacia la instauración de algo nuevo. En este sentido, la resistencia se liga con la *función utópica* entendida ésta como la actividad “por la cual se cuestiona un orden establecido y se imaginan sistemas *alternativos*”<sup>6</sup>. Visto así, lo que se denomina utópico, y también lo alternativo, adopta un nuevo sentido en tanto que implica descubrir las virtualidades ocultas en lo real para transformarlo.

Podría señalarse que, desde la dimensión social, lo alternativo como se ha venido explicando aquí, está dado por: a) la fuente misma de donde surge, esto es, la oposición

<sup>4</sup> Juan Vidal Beneyto, *Alternativas populares a las comunicaciones de masas*, Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid, 1979, p. XXXIX.

<sup>5</sup> Máximo Simpson Grinsberg, “Comunicación alternativa: dimensiones, límites y posibilidades”, en *Comunicación alternativa y cambio social* (I América Latina), Unam, México, 1981, p. 115.

<sup>6</sup> Fernando Ainsa, *Necesidad de la utopía*, Túpac-Nardau. Buenos Aires-Montevideo, 1990, p. 13.

entre un discurso o un modelo social de dominación y, por tanto, excluyente, y *otro* (=alter) discurso o modelo social de liberación no vigente, pero incluyente y *b*) el hecho mismo de que lo alternativo dice ser una propuesta de las mayorías sociales como portadoras de aspiraciones, anhelos y expectativas de justicia y libertad *para todos*.

Desde ahí, lo alternativo tiene que hacer emerger al menos tres elementos que le son inherentes, esto es, su carácter *alterativo, participativo y democrático*.

1) Por encima de las diferentes concepciones que se han elaborado sobre lo alternativo, el concepto "tiene siempre algo de *distinto y alterador*"<sup>7</sup> a lo que no puede renunciar. Lo alternativo, en efecto, en la medida en que penetra en la conciencia colectiva y cobra fuerza, *altera* el orden social vigente y, eventualmente, puede sustituir al discurso y al modelo vigentes por el proyecto *opuesto*. El proyecto alternativo se opone, entonces, a la petrificación de la realidad social y propone la posibilidad de *cambio* de la misma. Pero el logro de ese cambio requiere de una previa profundización de la *conciencia*, individual y colectiva, para que el hombre, víctima de las relaciones de dominación y explotación, pase de la situación de objeto a la de sujeto, que lucha por su propia superación y libertad.

2) Por otra parte, si en los países de América Latina el modelo social vigente ha sacralizado y centralizado el *poder* que le da sustento y fomenta la pasividad de las mayorías, la propuesta alternativa cuestiona ese *statu quo* y alienta la *participación* de todos en los asuntos que afectan a la sociedad en su conjunto. Pero sólo desde una conciencia nueva se podría entender que esos asuntos de la *polis* no son un coto exclusivo de una minoría privilegiada, sino que pertenecen a todos los *ciudadanos* de quienes se predica que son *iguales*, aunque también *diferentes*. Todo proyecto alternativo se opone, por ello, a la restricción del derecho *de todos* a la participación en las esferas de lo público.

3) Finalmente, como expresión de las amplias mayorías, es decir, del *pueblo*, un proyecto alternativo tendría que ser una posibilidad *democrática*, en cuanto que postularía el valor de los intereses y de las decisiones de la mayoría, pero también el respeto irrestricto a los derechos de las minorías y al ejercicio de la disidencia privada y pública. Tendría que ser, por tanto, un discurso y un modelo social *pluralista*. Cabría señalar que lo alternativo es tal en tanto su puesta en práctica no sea un hecho y mientras, en caso de ser puesto en práctica, no se desvíe de sus objetivos sociales. Si falta una u otra cosa habrá siempre la posibilidad de volverse contra el poder no democratizado. La búsqueda de un futuro alternativo se ha plasmado y concretizado en América Latina en formas de resistencia y utopías en las que aflora el imaginario de mucha gente sobre el papel y el lugar que le corresponde desempeñar al espacio geográfico que habitan y a la cultura que da sentido a su vida.

## 2. La producción alternativa en América Latina

Hablar de la *producción alternativa en América Latina* es aludir al tema por el que la misma América Latina, como parte de una realidad geográfico-cultural más amplia, que es América, fue considerada, en su momento, como una *alternativa* en relación con Europa. En la mente afiebrada de un puñado de hombres del Renacimiento europeo, en efecto, lo que hoy es este continente fue objeto de sueños, preocupaciones, búsquedas y aven-

<sup>7</sup> Vasco de Quiroga, citado por Silvio Zavala en *La "utopía" de Tomás Moro en la Nueva España*, Porrúa, México, 1937, p. 22.

turas. Si esta porción de tierra no existía aún, había que inventarla. Las fronteras de Europa resultaban insuficientes para contener los imaginarios desbordados de los creadores de utopías: de frailes que deseaban extender geográficamente la ortodoxia católica y de predicadores cuyas ideas teológicas no se constreñían a los límites de las doctrinas de las nuevas iglesias cristianas; de científicos y estudiosos que buscaban nuevos derroteros a la ciencia y al conocimiento por medio de la observación directa y la experimentación; de soldados animados por el espíritu de caballería y de comerciantes y aventureros impulsados por la avidez de fortuna, de fama y de riqueza. América era, así, una necesidad para satisfacer esos imaginarios.

El peso específico y el sentido que para esa gente tenía el adjetivo *nuevo*, con que se calificó a América, es explicado por Vasco de Quiroga en los siguientes términos: es lo nuevo no porque “se halló de *nuevo*, sino porque es en gentes y cuasi en todo como fue aquél de la edad primera y de oro, que ya por nuestra malicia y gran codicia de nuestra nación ha venido a ser de hierro y peor”<sup>8</sup>. En América veía, así, Don Vasco una *alternativa* de desarrollo frente al modelo de desarrollo de la Europa del momento.

Puestos a reflexionar sobre la crónica y actual situación de dependencia, y ahora de exclusión, de América Latina, no se trata de buscar sólo ni principalmente las causas exógenas, que ciertamente las ha habido, sino de reconocer que esas causas han sido más que nada de carácter endógeno. Jorge G. Castañeda hace ver que, “desde la independencia formal, el hemisferio se erigió en un gran importador de ideas, ideologías, teorías y doctrinas sociales”<sup>9</sup>. En efecto, de Europa llegaron las ideas con las que se preparó la independencia; en el siglo XIX se importó el liberalismo constitucional de Europa y Estados Unidos y hoy, señala con razón este autor,

“como si no se hubiera aprendido nada del ayer, el radicalismo de libre mercado llega en DHL y fax, instaurando políticas económicas y sociales en toda la región cuya diversidad sólo es comparable con la resistencia que opone a esas importaciones forzadas”<sup>10</sup>.

Así, América Latina ha vivido siempre, y siempre ha sido gobernada bajo el signo del trasplante imitativo y de la importación.

Hasta hoy los gobiernos latinoamericanos han sido incapaces de enfrentar los procesos de modernización económica y científico-técnico y se han incorporado a ellos, en las diferentes etapas de incardinación a la modernidad, en la forma más fácil, pero también más desventajosa, del *trasplante imitativo* y no de la creación o adaptación inteligente a partir de lo que América Latina tenía y de lo que era por cultura y por historia. Estos procesos han beneficiado sólo a una exigua minoría que ha querido incardinar a la modernidad a estos países, pero sin asumir los retos políticos, económicos y sociales de la modernización.

---

<sup>8</sup> Alfredo Pavía, “La comunicación alternativa: sus campos de influencia, sus limitaciones y sus perspectivas de desarrollo”, en *Comunicación alternativa y búsquedas democráticas*. ILET, México, 1993, p. 212.

<sup>9</sup> Jorge G. Castañeda, *La utopía desarmada: intrigas, dilemas y promesas de la izquierda en América Latina*, JM-Planeta, México, 1993, p. 212.

<sup>10</sup> Ibid.

Si se revisa la historia de los países de la región, uno advierte que dentro del modelo de desarrollo capitalista, todo parece indicar que su suerte es la de permanecer por siempre en una condición de atraso económico y sin desarrollo científico y tecnológico. Por ese lado no hay salida posible para considerar a América Latina como una real *alternativa*, menos aún ante una situación globalizada como la actual en la que siempre será víctima de los rezagos sociales, en los ámbitos de la ciencia, de la tecnología de punta, de la economía de pleno empleo (que no se da ni aún en los países altamente industrializados) y con satisfacción de las necesidades básicas de la población.

Por el *único* camino del desarrollo de occidente, América Latina nunca alcanzará los niveles de bienestar de los llamados países del primer mundo. Obstinar en ello es seguir condenando a la muerte por hambre, al desempleo, al analfabetismo a más de 500 millones de sus habitantes, seguir profundizando su deuda externa y, lo que es más grave aún, seguir dejando sus recursos naturales a merced del *mercado total* que está conduciendo a la humanidad a un eco-genocidio generalizado.

¿Por qué habría América Latina de obstinarse en seguir, necesaria e inercialmente ese mismo camino? ¿Podrá buscar, para retomar, un camino propio que se ajuste a su historia y a su cultura, sin tener que renunciar por ello a la posibilidad de abrirse a las aportaciones venidas de otras partes?

Si uno mira, en efecto, al futuro de América Latina teniendo en cuenta el potencial que representan sus recursos naturales, la riqueza de su historia y de su cultura, desarrollados antes y después de la llegada de los europeos; la experiencia acumulada por siglos en materia de ciencia y técnica más cercanas a las necesidades humanas, por los pueblos de América Latina; el potencial de lucha que aún hay en sus gentes y, por añadidura, la incertidumbre que plantea la situación actual a los mismos países industrializados, podría encontrar elementos para sentir que no todo está perdido, que aún hay esperanzas para ver a nuestra América como una *alternativa*, si reorienta sus pasos por un modelo de desarrollo propio frente a lo que hoy se tiene como el *único modelo posible*.

En estos momentos de crisis generalizada y de globalizaciones, y cuando muchos referentes han caído, América Latina tiene la oportunidad de volver sobre ella misma y tomar confianza, para conservar su *soberanía e identidad* si se decide a rescatar y consolidar lo que ha sido hasta hoy la *cara desconocida*, pero más real y propositiva de su historia, a afirmar lo que hasta hoy le ha sido negado y a empezar a caminar por esa *negación de la negación*.

Entre los proyectos y realizaciones de carácter alternativo que han aparecido en *nuestra América*, cada uno de los cuales merecería un estudio detallado, cabría aquí recordar y revisar sucintamente los siguientes:

- Los *productos alternativos* generados directamente por las mayorías sociales, que conforman el campo de la cultura popular, substrato de la vida cotidiana del pueblo y que en algunas de sus manifestaciones como los mitos y las creencias religiosas, las artesanías, el canto y la música, la herbolaría, la comida, el vestido y el atuendo personal, han rebasado los límites localistas y regionales y se han constituido en elementos fundantes de la *identidad* nacional de cada país.

- La *pasión humanista y humanitaria* de Bartolomé de Las Casas, precursor de la defensa de los *derechos humanos* de los más desprotegidos y excluidos por el *proyecto ajeno*, equivalente, en nuestro tiempo, al proyecto neoliberal.

- El *genio organizador* de Vasco de Quiroga y sus *voluntad* para llevar a la práctica, en condiciones adversas, un proyecto social previamente configurado a partir de una realidad concreta que él quería mejorar.

- La capacidad de *resistencia* al modelo ajeno por parte de los pueblos indios que habla no de pasividad y sumisión, sino de *coraje* y *dignidad*, reflejados en ansias de liberación.

- La *pasión libertaria* y la *visión continental* de Simón Bolívar, asediado por las ambiciones del *poder*, pero coherente siempre con sus convicciones *republicanas* y *democráticas*. El sueño bolivariano de una *nación de repúblicas confederadas* sigue vigente y es una deuda de América Latina con quienes le dieron independencia.

- Las *aportaciones* de lo mejor de las diferentes corrientes liberales del siglo XIX para marcar el rumbo que debían seguir estos países con mayor independencia en relación con Europa y los Estados Unidos y como una entidad continental.

- La *originalidad* de los discursos utópicos y de su ejercicio como *anticipaciones* de lo realmente factible en medio de las contradicciones sociales en que éstos se llevaron al cabo.

- La *riqueza* acumulada en las áreas de la educación y de la comunicación alternativa y popular a partir de un trabajo de base que tiene como antecedente remoto a Simón Rodríguez, maestro de Simón Bolívar, y como *protagonistas* más recientes, tanto a los miembros de las mismas clases, grupos o sectores sociales marginados como a los *mediadores* entendidos como individuos, grupos e instituciones (en su mayoría intelectuales y profesionales) que sin pertenecer a las clases populares se han ubicado junto a ellas y se han comprometido en los procesos de transformación.

- Los *aportes* de los científicos latinoamericanos, ignorados y no valorados por los gobernantes y desconocidos por los gobernados; se trata, en efecto, de una ciencia que se ha hecho en el silencio, en una área geográfica que, abrumada por conflictos políticos y sociales, se ha dado el lujo de aplazar lo inaplazable.

- La *creatividad* de los intelectuales, capaces de provocar, si no *cambios sísmicos*, como señala Carlos Fuentes al referirse a la literatura del *boom* latinoamericano, sí movimientos sísmicos, con sus producciones teóricas en áreas como la pedagogía, la sociología, la economía, la teología, la filosofía, el arte, etc. vinculando de esa forma el trabajo intelectual con la tarea de organización sobre bases humanas de la sociedad.

- Los *empeños* de las mujeres por *ir abriendo espacios* para su propia acción en circunstancias que les han sido, y siguen siendo, adversas para su participación en los asuntos públicos.

- La *combatividad* de los jóvenes, población mayoritaria en este continente, que en su momento han repercutido tan decididamente en su ámbito natural: la *educación* como motor del cambio del individuo y de la sociedad.

- Las *experiencias* que han dejado los mecanismos regionales puestos en práctica en el pasado como intentos de integración económica, comercial y política, tales como la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio, el Sistema Económico Latinoamericano, Mercado Centroamericano, Mercosur, Asociación de Estados del Caribe, el Parlamento Latinoamericano, etc., experiencias que pudieran dar bases para tomar distancia del panamericanismo y enfatizar el latinoamericanismo original.

Pretender olvidar o deshacerse de estos productos alternativos con el argumento de las insuficiencias que presentan o por los errores atribuibles a quienes, en su momentos, se han comprometido en su puesta en operación, es querer tirar al niño junto con la bañera. Por limitados que hayan sido estos proyectos y realizaciones y por grandes que hayan sido los errores cometidos de los actores sociales que se han esforzado por llevarlos a la práctica, hay en ellos una búsqueda y una voluntad permanente para encontrar una forma de organizar la sociedad en la que sean incluidos y participen *todos*.

Con base en esta última afirmación, y sin pretender forzar la lógica interna de esos productos alternativos que se han presentado en forma de proyectos y realizaciones, se puede decir que en ellos late el equivalente a la actual aspiración a la *democracia* que se percibe hoy en todos los países de la región. Ciertamente que en América Latina lo que ha privado en su historia política es el desborde de la autoridad y que no se ha tenido ni la experiencia ni la educación para la democracia. Ello no es atribuible a lo que está en el fondo de estos proyectos alternativos porque no han tenido vigencia por largo tiempo ni en espacios amplios, al menos como modelos sociales dominantes, sino en todo caso como modelos tolerados por poco tiempo y sólo con proyecciones regionales.

Si los latinoamericanos quieren aprender de los errores del ayer, ahora que padecen, por un lado, la agresión neoliberal y, por otro, la orfandad y el vacío que ha dejado la caída de los referentes mundiales, podrían echar una ojeada sobre su propia producción alternativa para empezar a elaborar proyectos más cercanos a las necesidades y posibilidades reales de estos países y, por tanto, realmente productivos para ellos. Es preciso para ello decidirse a hacer propio -como escribe Leopoldo Zea- "el punto de vista del *proyecto asuntivo*, asuntivo como expresión de un gran esfuerzo por asumir, assimilar, un pasado, una historia y sus expresiones culturales que no pueden ser eludidas por el hombre de esta América"<sup>11</sup>.

### 3. Aspiración a una democracia alternativa para América Latina

Se ha hablado antes de la existencia de una crisis generalizada que envuelve a todo el planeta. Los latinoamericanos deben esperar trabajando con inteligencia, astucia y generosidad para que ésta derive en algo positivo, en un crecimiento, en un salto hacia adelante. Ello incluye la tarea de:

A) *Repensar* a América Latina, es decir: a) recuperar la *memoria histórica* del significado y del valor de esos proyectos teóricos y de esas realizaciones alternativas que se han mencionado como parte constitutiva de la cultura de este continente; b) revisar su *debe* y su *haber* en el momento presente, aunque el *debe* pueda resultar hoy paralizante si la situación se ve desde el fascinante desarrollo de los países industrializados, en tanto que el *haber* ofrecería la posibilidad de rendirse ante las evidencias de lo que ha dejado a estos países el modelo de desarrollo occidental y volver sobre el *haber* de lo que hasta hoy se ha mantenido enterrado, pero que podría ser el principio para buscar un modelo de desarrollo alternativo para ellos; c) ver hacia el futuro inmediato y mediano e ir avanzando, hasta donde sea *posible*, en cada momento según las condiciones concretas de cada país, en la formulación de lo que sería ese proyecto de modelo de desarrollo alternativo que se ajuste a la cultura, la historia y los ritmos de los pueblos latinoamericanos.

B) *Reempezar*, haciendo uso de lo que Horacio Cerutti llama "el derecho a nuestra utopía", a caminar hacia y por senderos más planos *para todos*, una vez que en amplios sectores sociales de los países de la región se tiene mayor conciencia: a) de la situación de la cada vez mayor exclusión social a que está conduciendo en América Latina el *neoliberalismo* que tritura a los pobres, aniquila a los menos pobres y favorece sólo a un puñado de privilegiados.

<sup>11</sup> Leopoldo Zea, "Búsqueda de la identidad latinoamericana", en *El problema de la identidad latinoamericana*, CECYDEL-UNAM, México, 1985, p. 29.

b) de la situación de desastre de la estructura mundial *unipolar* en lo político-militar, y *tripolar* en lo económico (tres zonas económicas distintas y un solo dios verdadero: el dinero, con su espacio de realización en el mundo, convertido en un *gran mercado*).

En el contexto de fortalecimiento de los grandes centros económicos, América Latina ha de buscar los mecanismos adecuados para su propia *integración económica*, de manera que se encuentre en un situación menos vulnerable para dar el paso siguiente, si ello fuera ineludible, en sus relaciones de integración económica con Estados Unidos, pero hacerlo en todo caso, en condiciones de igualdad y de respeto a la soberanía de cada país.

Los esfuerzos que se realicen en esta última dirección han de estar anclados en la idea martiana: "Injértese en nuestras repúblicas el mundo; pero el tronco ha de ser de nuestras repúblicas"<sup>12</sup>. En los procesos de globalización económica América Latina se juega su futuro. Puede integrarse a ellos bien para desaparecer como entidad con características propias, bien para consolidarse y reafirmarse como entidad con su propio bagaje cultural y con su derecho a ser ella misma. De esa forma:

La *crisis* puede ser una invitación al *ensayo*: América Latina, a decir de Simón Rodríguez, es el *lugar de los ensayos*, no sólo de los ensayos literarios y filosóficos, sino también de los ensayos sociales y políticos. Si los latinoamericanos se equivocan en ese ensayar a pensar y a caminar sin ataduras de nada y de nadie, serán ellos mismos los que carguen con su fracaso, pero que éste no les será impuesto por otros desde fuera.

*Ensayar*, en este caso, no quiere decir quedarse al margen de los procesos socio-económicos y científico-técnicos de la modernidad, sino asumirlos creativamente por fuera de las condicionantes externas que los limitan debido a las *relaciones asimétricas* establecidas, en relación de desventaja, con los actuales centros de *poder*.

La configuración y puesta en marcha de un *proyecto alternativo* tendría que ser entonces la resultante, por una parte, de *convicciones* y de *necesidades sociales* y no de modas coyunturales, como han sido los proyectos de las oligarquías y de las élites, y por otra, de la conjugación de todos los aportes antes señalados, y giraría en torno al *valor* de la *democracia* para que los beneficios de aquél lleguen a *todos*.

La *democracia* habría que entenderla aquí no sólo ni principalmente como la simple emisión del sufragio y ni siquiera como la toma al poder, sino como una forma de vida, como una cultura, en la que sean vigentes los derechos humanos para todos, los beneficios sociales para todos y la misma distribución del poder a través de todo el tejido social, etc. La *democracia* en sus vinculaciones necesarias con la política-política, con la política económica, con la política cultural y, por supuesto, con la política social. La democracia como una forma de *relación humana* que debe expresarse no sólo en momentos y espacios extraordinarios, sino en la misma *vida cotidiana*.

Plantear así las cosas parecería una *utopía* en las condiciones actuales de América Latina. Sí, pero no hay por qué desechar la utopía a la que tanto le debe nuestro continente. Es certera la idea del dramaturgo Oswaldo Dragún cuando afirma que en América Latina todo lo importante que se ha conseguido ha sido gracias a los caminos abiertos por la utopía (como alternativa al pensar y al hacer del proyecto dominante hasta ahora) y cuando

---

<sup>12</sup> José Martí, "Nuestra América", en *Latinoamérica: cuadernos de cultura latinoamericana*, No.7, UNAM, México, 1978, p. 8.

este camino se ha cerrado, ha caído sobre América Latina la miseria, la falsa libertad, la represión, las dictaduras militares<sup>13</sup>.

La democracia, es cierto, es un producto nato de la *modernidad* y, por tanto, de Europa, pero no es exclusivo de ella. Es un *valor* que pertenece a todos según sus condiciones y circunstancias. Por otra parte, cualquier cosa que se quiera entender por *democracia*, en contraposición a cualquiera de las otras formas de organización política, lleva en sí las ideas de competencia con equidad para todos los actores políticos, de respeto irrestricto al Estado de derecho y de la participación de todos, esto es, del *demos*, en los asuntos públicos.

Otra cosa son los modos o mecanismos con los que se hace posible esa participación: democracia directa o indirecta. Es claro que la complejidad de la vida en las sociedades modernas ha contribuido a la difusión y arraigo de esta segunda modalidad de participación de la *ciudadanía* en los asuntos públicos. Las supuestas razones para ello pueden ir desde la imposibilidad real de convocar permanentemente al pueblo a participar en procesos de elección o de decisión sobre cualquier tipo de asuntos, hasta el afán de escamotear en la práctica los derechos de *todos* a la participación.

En América Latina, ni antes ni después de la independencia el pueblo llano ha sido considerado, en la práctica, como un *sujeto* real y valioso en la construcción de la democracia. Las Constituciones de cada país consagran el derecho de participación en la vida pública de ese sujeto social. En la práctica, sin embargo, ese derecho ha sido una y otra vez burlado por las consideraciones que se quiera. Tal parece que esa participación, cuando la ha habido, ha sido sólo para legitimar las acciones de las fuerzas que han detentado el *poder*. Tal vez, por ello esté en lo cierto Abelardo Villegas cuando al tratar de precisar lo que los políticos latinoamericanos han entendido por la palabra *pueblo* en relación con la democracia. Cuando los políticos hablan del pueblo “no se trata simplemente de la totalidad de la población de un país, sino más bien de aquella parte de la población que está sometida, por un lado, a los dictados del gobierno, y por otro, de aquélla que se encuentra oprimida por la explotación que sobre ella llevan a cabo las que se podrían llamar clases dominantes”<sup>14</sup>.

En una situación así, el pueblo llano no puede ser considerado en la práctica como un sujeto constructor de democracia, sino como un conglomerado humano que requiere de la tutela y de la protección del gobernante.

De vez en vez, sin embargo, a lo largo y ancho de América Latina, amplios sectores sociales han expresado su voluntad de hacer efectiva su participación y han exigido el respeto a sus derechos ciudadanos. A partir de los ochenta han irrumpido en la escena de América Latina nuevas fuerzas sociales de diferente origen ideológico que cuestionan desde posturas críticas a un modelo económico-social que no sienten como propio porque, por una u otra causa, los excluye de los beneficios sociales. Estos sujetos sociales, o *sociedad civil*, como se hace llamar, se muestran celosos de su autonomía respecto al gobierno y a los partidos políticos ya constituidos y reclaman su derecho de acción en cam-

---

<sup>13</sup> Oswaldo Dragún, “Ser utópico fue el único camino para sobrevivir”, en *La Jornada*, 24 de febrero de 1994, México, p. 27.

<sup>14</sup> Abelardo Villegas, *Arar en el mar: la democracia en América Latina*, CECYDEL-UNAM, México, 1995, p. 36.

pos tan variados como la defensa de la ecología, los derechos humanos, derechos de los niños de la calle, derechos de la mujer, búsqueda de tecnologías alternativas, servicios de la comunidad, medicina alternativa, colectivos de educación y comunicación popular, etc.

Convendría reconocer que muchos de estos nuevos sujetos sociales no han llegado solamente por ellos mismos a este punto de exigencia de derechos.

Habría que pensar, por ejemplo, en la incidencia que han tenido no sólo en las aulas, sino también en la amplia base social latinoamericana, privada del privilegio de la educación, la *Pedagogía del Oprimido*, de Paulo Freire y la *Teología de la Liberación*, como discurso y práctica, no de los expertos en esas ramas, sino de la misma base social a partir de su propia reflexión; el *Derecho Alternativo* que desde la llegada de los europeos a este continente asume la tarea de la defensa jurídica de los más pobres e inspira la acción de muchos dinámicos grupos de derechos humanos; en la *literatura y el arte* (cine, teatro, pintura, música) que, sin demérito de los valores estéticos, no rehúye sus efectos políticos; la *Teoría de la Dependencia* y la *Filosofía de la Liberación*, como reivindicación del derecho de los latinoamericanos a pensar desde su propia realidad; los trabajos de *Educación Popular* y de *Comunicación Alternativa y Popular* que en sus afanes por dar voz a “los de abajo” han planteado la necesidad de desafiar a los modelos y esquemas teóricos que no han tomado en cuenta las características de la situación de América Latina.

De alguna manera, ese cúmulo de trabajos y experiencias del *pasado* remoto y reciente es el substrato del *presente* de anhelos y búsquedas democráticas que miran hacia un *futuro* mejor *para todos*. En efecto, con sus cuestionamientos y con sus luchas los nuevos *sujetos sociales*, (que vistos desde esta perspectiva resultan no tan nuevos) con conciencia de *ciudadanía* y no sólo con conciencia de clase, y, por tanto, con conciencia de que la *soberanía reside en el pueblo*, contribuyen, cada cual desde su trinchera, a impulsar algún elemento de lo que podría llegar a constituirse como un *modelo alternativo de desarrollo social*, de carácter democrático, en el que quepan *todos*. Para eso quieren construir la *democracia* por la vía directa o indirecta o por la mezcla de ambas; por el ejercicio de lo estipulado en la ley, pero también por la recuperación de los usos y costumbres; la democracia política, pero también la democracia social; la democracia en la calle, pero también en el hogar. Chiapas ha hecho ver nuevas posibilidades de democracia para América Latina.

Ahora, con la mundialización de la economía y su incidencia en la pérdida de soberanía de los países no industrializados, con el achicamiento del Estado neoliberal y sus recortes del gasto social y de los espacios de participación colectiva que intenta privatizar lo político; ahora cuando el modelo de desarrollo occidental se sigue presentando como el *único*, porque con las relaciones capitalistas de producción se ha llegado al *fin de la historia*, de las *utopías* y de las *ideologías*, ¿es posible hablar de viabilidad de un *proyecto alternativo* para América Latina?

Es factible que sí, a condición de que aquéllos que estén convencidos de la necesidad y urgencia de ese proyecto, estén también dispuestos a:

- *Resistir*, con lo que esto significa de utopía y de lucha, a aquello y a aquéllos que, a su vez, se resiste(n) a cambiar y a que cambien las situaciones nacionales cuando éstas no responden a los requerimientos sociales. Resistir, aunque se tenga que vivir con menos pero que alcance *para todos*, a toda forma de dependencia y de injusticia externa e interna para estos países y para las mayorías sociales de los mismos. La resistencia no como acto de autoinmolación, sino de reconocimiento de que ésta está respaldada por la razón que alimenta las convicciones de que es posible un modelo de desarrollo más humano. Es razonable, por ejemplo, exigir una humanización de las relaciones económicas entre los países

y los individuos; evitar la explotación irracional de los recursos naturales de estos países por las compañías transnacionales; vigilar la permanencia de capitales en el país de origen; castigar los latrocinios, hasta hoy impunes, de unos cuantos que hacen recaer el peso de la crisis sobre las mayorías; no querer fincar el desarrollo económico de un país sobre la volatilidad de los capitales financieros.

- *Creecer*, individual y colectivamente, hasta hacer de la *democracia* una cultura, una forma de vida que pervada todas las acciones y relaciones que tengan que ver con los otros, y *ampliar* los espacios de tolerancia y pluralismo ahí donde cada uno viva, labore o haga vida social, de manera que la construcción de la democracia vaya siendo una resultante de la condensación de los esfuerzos de todos, en todos los espacios y momentos. Piensa con tino Raúl Alfonsín cuando escribe que “la democracia sólo puede construirse con hombres democráticos”<sup>15</sup>. Sin una elevada conciencia democrática personal ¿cómo pensar en la posibilidad y necesidad de construir un país democrático en el que los bienes sociales se piensen *para todos* y lleguen efectivamente a todos?

- *Demandar* una educación *para todos* los latinoamericanos que al tiempo que sea formativa en los principios democráticos enfaticé, desde los niveles básicos hasta los superiores, el conocimiento y la revaloración de la historia y de la cultura de América Latina, viendo a ésta como un espacio no sólo de atraso, desgracias y rezagos, que sí lo es en la presente situación de dependencia y exclusión, sino también de *producción alternativa* en las áreas de las humanidades, del arte y de las ciencias. En un modelo alternativo de desarrollo para América Latina, la educación ocuparía un lugar prioritario y tendría que partir de la riqueza experiencial de los propios educadores y comunicadores latinoamericanos, sin que ello quiera decir, por supuesto, dejar de lado las nuevas aportaciones de la pedagogía ni lo que provenga de otras latitudes geográfico-culturales, que ellos mismos conocen y han sabido procesar con atingencia.

No está de más enfatizar la importancia de la educación en el desarrollo económico, social y cultural de América Latina, para evitar caer en el educacionismo. En efecto, ¿para qué exigir una educación de calidad para todos si al concluir sus estudios, los sujetos de la misma saldrán al campo laboral a ahondar su frustración al enfrentarse a la imposibilidad de contar con un empleo suficientemente remunerado o de oportunidades de esparcimiento y de permanente desarrollo intelectual, físico y espiritual?. Las perspectivas de éxito de los países latinoamericanos dependen, en buena medida, de la inversión que éstos apliquen en materia educativa. Los países del pacífico asiático (Taiwán, Corea, Tailandia, Indonesia, Singapur) han fincado el éxito de su industrialización, gracias a que junto con medidas de tipo económico y comercial que han instrumentado políticas educativas que han implicado necesariamente un aumento en el gasto público en educación y en el crecimiento de la matrícula. Sólo una vez que consolidaron su mercado interno y que lograron la calificación de su fuerza de trabajo, se decidieron a poner en marcha sus políticas de exportación para ser competitivos en el mercado internacional. Sin educación *para todos*, los países de América Latina no se levantarán del estado de postración en el que se encuentran.

---

<sup>15</sup> Raúl Alfonsín, “La irresistible extorsión de la libertad”, en *La Jornada*, 16 de diciembre de 1995, México, p. 52.